

ORANDO POR LOS HIJOS

El pastor de la iglesia a la que asistía una joven mujer, platicaba con ella referente a sus responsabilidades de madre, y la instaba en forma especial a ser constante en la oración por la conversión pronta de sus hijitos. Ella le aseguró que diariamente oraba por ellos, sin embargo se quejaba que le faltaba fe para pedir una obra clara del Espíritu Santo en sus corazones. “¿Ora por cada uno de ellos por separado, por nombre?” preguntó el pastor. “No”, respondió ella. “¿Ora tanto por ellos así como con ellos?” “A veces oro con ellos,” respondió, “pero no con frecuencia, Pues ellos se muestran muy intranquilos y más bien juegan mientras yo estoy orando. Prefiero orar a solas por ellos.”

“Pruebe llevar por separado a su hijo e hija consigo al lugar de oración y dígale al Señor: Fulano (llámelo por nombre) se ha portado de tal y cual manera”. Luego, preséntele las necesidades específicas de cada uno. Con lágrimas en sus ojos la madre prometió hacerlo. Cuando se llegó la hora de acostar a los niños, ella no había olvidado su promesa. Tomó consigo primero a Juanito, un niño vivaracho y simpático de cinco años. Cuando le manifestó su deseo de orar con él, gustosamente puso su manita en la de su madre y se arrodilló a su lado. Al oír que ella mencionaba su nombre, manifestó una actitud muy reverente y sumisa, apretaba amorosamente su mano mientras ella hacía una petición tras otra al Señor por él. ¿Y no sería que esa manita que apretaba la suya hacía arder el corazón de aquella madre e inspiraba en ella más ferviente deseo mientras derramaba sus súplicas a quien oye y contesta la oración?

Cuando aquella madre y aquel hijo se levantaron, el rostro de Juanito estaba iluminado cual arco iris, sonriente a través de sus lágrimas. “Mamá, mamá”, decía, “¿Cuánto me alegra que le dijiste a Jesús mi nombre! Ahora Él me conocerá cuando llegue al cielo. Y cuando los angelitos me lleven y me pongan en sus brazos, Jesús me tomará y dirá: ‘Este es Juanito. Su mamá ya me contó de él; cuanto me alegra de verte, Juanito.’ ¿No será maravilloso, Mamá?”

Aquella madre nunca olvidó esa experiencia y más tarde no sólo vio la salvación de Juanito y Susana, sino también la de todos los demás niños que después fueron agregados al círculo familiar. Recordó el consejo de su pastor y resolvió recomendarlo a cuantas madres quisieran orar por sus hijos, contándoles este incidente.